



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

PINTORES NOTABLES

ANTONIO GISBERT



¿Quién no conoce al pintor
de renombre universal,
cuya firma es un honor
para el arte nacional?

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—No es cuento, no, por Juan Pérez Zúñiga.—Evaspas, por Luis de Ansoarena.—(Ellas en el juicio oral), por Eduardo Bustillo.—Gajes del oficio, por José López Silva.—Verdades, por Simón Delgado.—Laurisana, por Eduardo Navarro González.—Chirres y cuentes.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Antonio Gibert, por Pons.—El juicio oral, por Cilla.—Terceto, por Pons.



Toda la atención del público se dirige estos días al juicio oral que se celebra en el antiguo convento de las Salesas.

Los jueces se ven asediados por una multitud elegante y sensible que solicita billetes para presenciar las sesiones, y allí se reúne lo mejorcito de nuestra sociedad.

Hay dama ilustre que por su gusto iría a sentarse al lado de Higinia para entrar en conversación y poder enterarse minuciosamente de lo que piensa esta interesante procesada acerca de las navajas de Albarete.

De vez en cuando la verdad histórica obliga a los testigos a pronunciar frases naturalistas, capaces de producir el rubor en las mejillas de un teniente de carabineros. El distinguido concurso las oye enteritas y después se sonroja, como es costumbre entre personas bien educadas.

Alguna mamá cuidadosa dice a su hija en voz baja:

—Niña, no pares la atención en esas palabrotas: nosotras venimos aquí a ver lo del crimen y a prescindir de ciertos detalles ofensivos.

Las jóvenes bien educadas oyen todas aquellas crudezas y miran a los periodistas, como diciéndoles:

—Nuestra inocencia nos impide conocer el alcance de esas palabras.

No queremos suponer que, mientras las señoras presencian el juicio, anden los esposos por casa buscando el frasco de la bándolina ó el cepillo de las botas, ó teniendo que preguntar á la cocinera:

—¿Sabe usted por dónde anda el peine? ¿Ha visto usted mis pantalones en alguna parte? ¿Dónde encontraría yo un pañuelo limpio?

—No sé decir á á usted. Como las señoras se han vestido de prisa y corriendo para ir á las Salesas, se conoce que lo han dejado revuelto todo. Yo me he encontrado sobre el fogón un cuerpo viejo de la señorita y las babuchas de la señora y unos calzoncillos....

—¡Ay, qué dichoso crimen!

No creemos que las mamás dejen á los chiquitines en poder de las niñeras para ir al juicio, pero podría darse este caso, á juzgar por el interés que demuestran muchas madres de familia en presenciar los debates.

Quizá á estas horas anden tirados por los suelos los niños de la de Besugón, que es una mujer callejera como pocas, y amiga de verlo todo.

Cuando sale de casa, dice á la doméstica:

—Yo tengo que ir al Salón Romero, donde va á tocar una guitarrista portuguesa que dicen si es hija natural de un rey indio y de una sonámbula. No sé si volveré á las ocho, pero lo probable será que desde allí me vaya al Círculo de ganaderos, porque esta noche da una conferencia sobre la cría caballar un chico de Badajoz llamado Batícola. Si viene el señorito, le das de comer, y á los niños les encierras á oscuras en el comedor, porque si les dejas la lamparilla, son capaces de beberse el aceite. Vaya, abur.

No todas las señoras que asisten al juicio abandonan los que-

haceres domésticos. Las hay que están en las Salesas y tienen la imaginación fija en su casa.

—¡Qué interesante es todo esto!—decía una señora, aludiendo á la declaración de Higinia cuando daba cuenta de cómo había metido el cuchillo.

—¡Ay, hija!—contestaba otra.—Es muy entretenido, efectivamente, pero yo estoy intranquila, porque tengo una criada muy bruta, y sabe Dios cómo estará á estas horas. La otra tarde salí á ver si podía conocer á la condesa de París, porque á mí me gusta verlo todo, y cuando volví á mi casa, encontré á mi niño el menor que había metido la cabeza en el puchero del agua caliente y no la podía sacar. ¡Hijo de mi corazón! No sabe usted el disgusto que tuve, porque se le inflamaron las dos orejas, y el pobrecito parece un murciélago.

—¿Cómo está el servicio!

—¡Horrible! No puede una salir de casa ni tener un rato de expansión. Mientras estoy aquí, es muy probable que mi esposo haya ido á mudarse el cuello postizo, porque suda y tiene que presentarse todas las tardes en el salón de conferencias para que le vea Capdepón y le coloque: pues con seguridad que la criada no ha sabido alrocharle el botón de atrás.

Hay señoras que para evitar disgustos á los chiquitines les llevan al juicio, y en cuanto se impacientan, ya les están dando pedazos de bollo ó castañas pilongas, á fin de que se entretengan y no turben la solemnidad del acto. La cuestión es no perder el espectáculo gratuito y poder decir:

—Yo he estado en todas las sesiones y conozco á la Higinia como le conozco á usted, porque la tuve á dos pasos de distancia, y una vez que se le cayó el pañuelo yo misma se lo cogí, y ella me dió las gracias con mucha delicadeza.

Si no fuera porque podrían decir algo los hujieres, no faltarian señoras que llevasen allí la labor y el almuerzo. Algunas meriendan tranquilamente, y la prueba está en que la otra tarde, terminado el juicio, los porteros encontraron una rodaja de merluza frita, debajo de un banco.

¡Oh, la sensibilidad exquisita de la mujer!

Estos días la crónica de los suicidios arroja una cifra extraordinaria.

Nadie sabe á qué atribuir este aumento en el número de desesperados, porque, en rigor, no hay motivo para matarse.

Anúncianse corridas de toros, carreras de caballos y otros placeres propios de la estación. Por otra parte, Carulla no ha publicado ningún soneto en estos días.

¿Qué motivo puede tener la humanidad para buscar la muerte por sus propias manos?

El sol brilla en el zenit, los árboles se cubren de verdes hojas, y la naturaleza sonrre.

Apartemos, pues, la mirada de las miserias del mundo, y vámonos á merendar á las Ventas del Espíritu Santo....

Y el que venga atrás, que arree.

LUIS TABOADA.

NO ES CUENTO, NO

Don Antonio Pimentel, sobrino de Paz García, la hermana de Don Mannel, que tuvo sombrerería en la calle del Clavel, y que se hallaba casada en segundas nupcias con Federico Monleón, que nació en Navacerrada el día de San Antón, se casó en Vitigudino con Teresa Palomino, sobrina de un guardafreno, que era de trato muy fino á pesar de ser moreno, y de esta unión singular nació, porque escrito estaba

(y si no, lo pudo estar), un niño, que se llamaba no sé si Angel ó Gaspar, el cual niño fué creciendo y, sin darse de ello cuenta, fué en su corazón sintiendo puro amor hacia Vicenta, la hijastra de Don Rosendo. Vicenta estaba, á su vez, hecha una loca de amor por un chico de Jerez que tenía en Aranjuez una casa de labor; pero éste, llamado Pío, andaba en no se qué lío con la prima de su madre, que era huérfana de padre.

de padre y muy señor mío,
cuyos ojos vivarachos
dechaban á los muchachos,
aunque estaba poseída
de una pasión desmedida
por los bizcochos borrachos.
Vicenta se apercebíó
del caso, con amargura,
y enseguida se casó
con un tal Pepe Miró
que la miró con ternura;
pero, harta de desengaños,
se fugó con un sargento
hijo de Petra Sarmiento,
la cual hace muchos años
es sorda de nacimiento,
y reside en Valdemoro
con Patricio Berruguete,
que tiene en su casa un loro

comprado á Don Telesforo
por seis pesetas ó siete,
cuando vino á Madrid con
Joaquina la boticaria,
á gestionar la expulsión
de la lombriz solitaria
de su cuñado Ramón,
el cual, por cierto, era viudo
y, á ruego de sus tres hijos,
enajenó como pudo
la fábrica de botijos
que tenía en Cogolludo.....
.....
*Y bien—dirá usted, lector,—
¿dónde vamos á parar?*

JUAN PÉREZ ZÚRIGA.

ETAPAS

I

Es Adriana una niña encantadora
que se asusta á la idea del pecado,
aunque el influjo del pecado ignora,
que reza, como ríe, por rutina,
y que sólo ha llorado
la tarde que murió la golondrina
que habitaba el alero del tejado.

II

Y sintiéndose un día algo cansada,
después de una carrera acelerada
por un bosque cubierto de verdura,
la hermosa é inocente criatura,
por las flores del campo perfumada,
penetró en el despacho de su abuelo,
un hombre que de joven fué un Tenorio,
y que ahora, á fuerza de mirar el cielo,
pensaba en evitarse el purgatorio.
Y de profundo aburrimiento presa,
—¿Qué haré—se dijo—hasta que alguno acuda?...
Y añadiendo después:—Leer, no hay duda—
cogió un libro de encima de la mesa.

III

Era aquella una historia interesante;
la historia de Abelardo y Eloísa;
mas Adriana, incapaz de comprenderla,
pues en lances de amor era ignorante,
hojas y hojas pasaba con gran prisa,
y el libro que no pudo entretenerla
tiró al fin con enfado contra el suelo,
murmurando al tratarle:—¡Me da risa
que estas cosas distraigan al abuelo!

IV

Se ha hecho Adriana mujer. Y está ya al tanto
de lo que puede una pasión profunda;
y hasta siente á menudo con espanto
algo á modo de nube que la inunda,
y se deshace sin motivo en llanto.
¿Que por qué aquel espíritu está preso?
Porque, clavando la mirada ansiosa
en su rostro, uno dijo:—¡Adiós, hermosa...—
y ella sintió la quemazón de un beso.

V

Volvió á coger el libro ya olvidado,
y leyó atentamente;
mas, como todavía
la idea del pecado
no enturbia la pureza de su mente,
ni de la carne el anhelar le asedia,
sin pasar del promedio de la historia,
quedó en idilio lo que fué tragedia,
y el suave césped escondió la escoria.

VI

Todo al influjo de la fiebre ceja;
y aquel amor tan santo, que tenía
el ángel de la guarda en una reja,
adquiriendo por fin carácter grave,
quiso ver lo que el ángel prohibía,
y á un diablo tentador pidió una llave.

VII

Y Adriana entonces terminó la historia,
y al recordar placeres
que no salen jamás de la memoria,
viendo ya una mujer, de esas mujeres

que en las cosas del mundo ven la gloria,
con un poquito de sarcasmo y risa
murmuró varias veces:—¡Esto es cuento!—
al leer una carta que Eloísa
á su amante escribió desde el convento.

LUIS DE ANSOBERNA.

¿ELLAS EN EL JUICIO ORAL?...

Pensaba dedicarles unas coplas, y va á resultarme una especie de alegato.

Llegó por fin *el día del juicio*. Los cronistas de la prensa dicen que necesitarían plumas de revisteros de salones para consignar nombres de damas hermosas y describir los trajes con que se distingue allí la elegancia.

Jueces y letrados, con sus severas togas, quedan casi reducidos á personajes secundarios por las bellas damas cuya curiosidad llega hasta la invasión de los bancos de la prensa.

¡Invasión deliciosa! Pero meditemos.

No quieren ellas esperar á que la prensa se lo cuente. Han de verlo por sus ojos y oírlo por sus oídos. Ni más ni menos: como ven y oven los accidentes de la lucha parlamentaria en las sesiones borrascosas.

Pero ¿se presentarán en el juicio como cuando van á presentar las galas de que viste el ingenio sus ficciones escénicas?

Ellas nada sabían del drama ó de la comedia al llegar al teatro en la solennísima noche del estreno. Noche de juicio oral; el autor, el procesado.

Preséntanse las damas en sus palcos, radiantes de hermosura, chispeando á la luz eléctrica los brillantes que adornan la desnuda garganta, como gotas de rocío que tiemblan sobre las rosas del mal velado seno.

Van allí las señoras á formar una parte esencialísima del tribunal que tiene preeminencias de supremo y tonos populares de jurado.

El prestigio del pudor y de las virtudes y delicadezas propias del sexo, no necesita pronunciar allí una palabra. Su voto nace de la atención creciente ó de la actitud desdeñosa, y la fuerza de ese voto es decisiva.

La comedia se desarrolla con algunos atrevimientos de carácter y de forma, propios del verdadero poeta; pero la honradez del propósito brilla en el fondo. Cuanto más calor recibe de ella la inspiración, más de relieve aparecen los vicios sociales que algunos personajes encarnan; la infamia que se cubre con la hipocresía ó pide amparo á las leyes del mundo, resulta más descubierta y herida por la frase acerada y chispeante del ingenio.

El diálogo fluye siempre con palabras cultas; pero en los palcos se inició ya un fallo condenatorio.

Se resisten algunos rostros de ángel á volverse hacia la ficción verosímil de la maldad que allí se saca valientemente á la picota.

Un solo movimiento de repulsión pudorosa de algunas conocidas y elegantes damas, basta para que, movida la ola de los distinguidos cortesanos, caiga en un instante la concepción de muchos meses de vigiliás y dolores del autor dramático.

Las reinas é infantas de los salones abandonan al fin los palcos haciendo graciosos mohines, mientras, auxiliadas por la galantería, se cubren los desnudos hombros con sus preciosos abrigos, dejando detrás el cadáver de una obra de arte, que ellas han ajusticiado con un solo gesto de pudor ofendido.

Y vamos ahora al otro teatro. Es decir, vamos á la sala de la Audiencia donde se celebran las sesiones de ese juicio oral, de que las señoras han de tener ya formado su juicio.

Porque allí no las lleva la santa ignorancia. Conocen ya el asunto de la obra; los personajes que en ella intervienen; la parte de acción que se les atribuye; el carácter que cada uno de ellos ha llevado á la lucha; el lenguaje que, por ese carácter y la esfera en que han vivido, les distingue fatalmente.

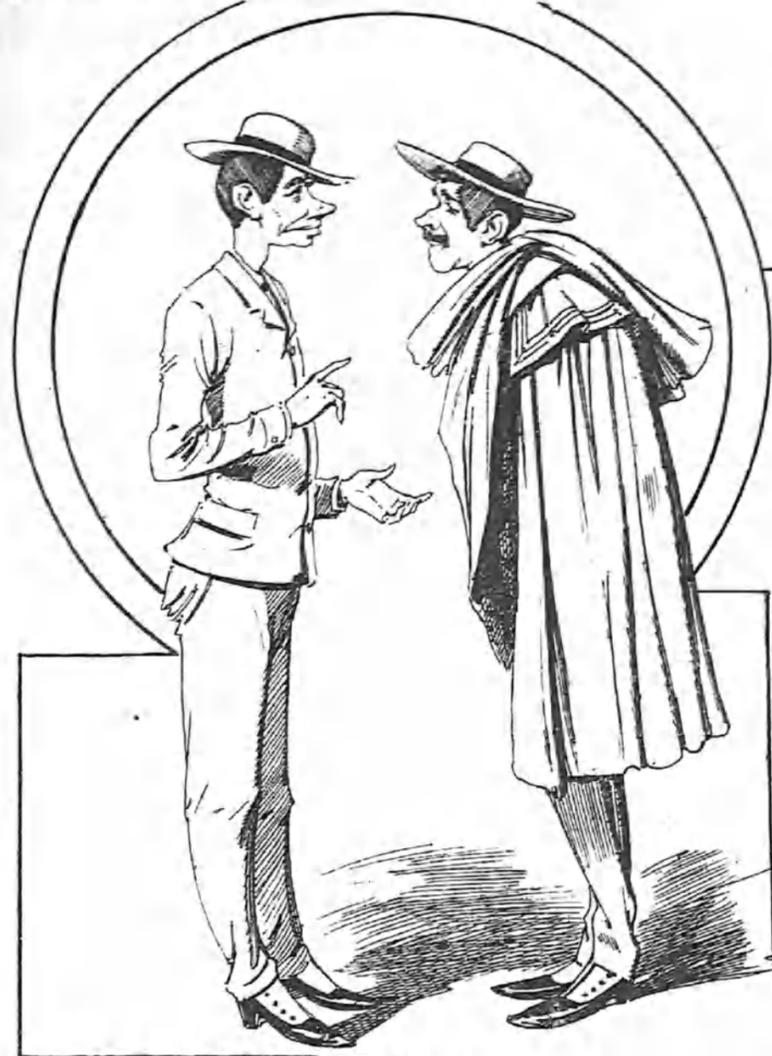
No hay allí ficción poética, ni retórica por adorno de lo repugnante. Estamos en el mundo real, ante un drama verdadero, aunque algo oscuro.

El crimen, asunto del drama, cuenta ya nueve meses de estudio de la justicia y de comentarios de la opinión pública. En ésta entra la de las damas que llegan á codearse allí con los periodistas que trabajan por trasladar fielmente al papel los accidentes del juicio, las peripecias del encuentro de actores y testigos, convocados por el que dirige la acción de la justicia.

EL JUICIO ORAL

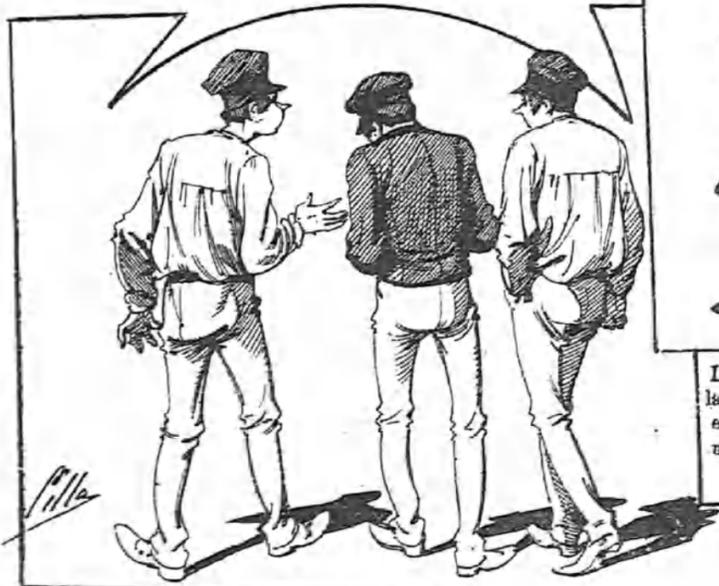


—La justicia es la justicia, Manuel; y la autoridad non puede fijarse más que en los hechos concretos.



—¿Usted no tiene un bastón de concha?
—Sí, señor.
—¿Y no se le ha doblado á usted nunca?
—No, señor.
—¡Pues es porque no ha encontrado usted ninguna llave!

—Lo que yo quisiera saber es dónde está el dinero.
—Y yo también, para meter la mano enseguida.



—Nosotros venimos aquí á estudiar, ¿te enteras? porque lo primero que debe saber una persona es el código....



Los apuntes de la sesión para el extraordinario de mañana.



Las que tienen el gusto de oír esas palabras que luego sustituyen los periódicos con puntos suspensivos.

—Aquí está el centro de vigilancia, es un suponer. Y aquí están las celdas, donde hay seis mil quinientos presos. De modo y manera que un sujeto coloco aquí no té más remedio que verlos á todos y saber lo que hace cada uno á una hora fija, y acordarse toa su vida después.... ¡No pue ser más fácil!



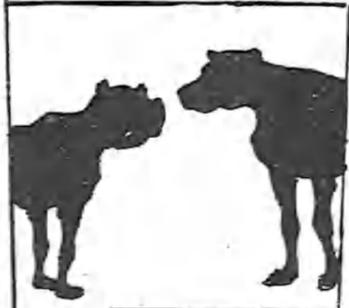
—¡Oh, Javier de Montepén, te han matado el folletín!



—¡Má que es bobada preguntar á esa que á qué iba á casa de la Dolores! Es lo mismo que preguntarte á ti que á qué vas á casa de la Matilde.



—No, pues mañana tomo puesto á las tres, y no lo doy en menos de siete pesetas....



—Yo era feliz, y vivía tranquilo pero ahora... ¡guau! me muero de envidia por el Chato.

Los personajes que, por simpatía de sexo, pueden interesar más á las damas, están allí, denunciando con sus propias declaraciones su pasado *medio ambiente* del lupanar y del infame comercio, aunque inspirando lástima por la fatal oscuridad de su existencia azarosa.

Se presentan como fueron; con las desnudeces y desgarros de costumbre, que no puede cubrir pudorosamente la presencia angustiada de la Justicia.

En el terrible choque de diálogos y careos con los que han de juzgar enigmas, ha de brotar la espontaneidad de su lenguaje, con la palabra soez y la frase deshonesta.

¿Volverán las damas sus hermosos ojos al acusador fiscal, ó á los abogados defensores? Inútilmente. Porque ellos tienen en sus respectivos papeles obligadas notas que su oficio les hace repetir, porque están escritas en las piezas del proceso y brotarán de los labios ó de los actos de los personajes en las diversas peripecias del drama judicial.

Y todo aquello, con el espectáculo repugnante de la alfombra y las ropas ensangrentadas y el cuchillo que sirvió de arma para el crimen.

Y ¿qué harán las damas? ¿Dulcificarán su situación con caramelos, ó entretendrán allí el estómago con emparedados, como en las borrascosas sesiones parlamentarias?

No hay escape. Ellas lo sabían; presentían los chispazos ofensivos al pudor que habían de salir del choque de la brutal sinceridad con la torpe mentira, arrojados al rostro encantador en aquella lucha ordenada, pero cruda y tremenda.

Y, sin embargo, se visten con elegancia y acuden á una y otra sesión á sentir las emociones del juicio oral; de ese largo drama que no muere.

Las representaciones continúan y las damas les prestan el brillo de sus encantos.

Pidamos para ellas un traje elegante en armonía con el espectáculo que ahora priva.

¿Cuál nos dará la Moda? No será el de las carreras de caballos. Ni el de las corridas de toros. Ni siquiera el que lucen cuando las sorprende el sentimiento del pudor herido en el teatro.

EDUARDO BUSTILLO.

r.º de Abril de 1889.

GAJES DEL OFICIO

—Tú subes al principal, y cuando ya estés arriba, pregúntas por don Sotero Rodríguez y Rascafria, que es el amo. ¿me comprendes?

—Sí. —Bueno. Saldrá una chica regordeta, la criada que tiene así, una vejiga, sobre tal parte. Lo advierte pa que luego no me digas que has entusiasmado el negocio porque no te han dado noticias. —Corriente.

—Si la muchacha te hablase por la rejilla de la puerta, dí que vas de parte de doña Isidra con una carta pa el amo, y te abrirán enseguida; porque, pa que tú te enteres del asunto, esta individuo está *cerca* con el otro, según ha sabido el *Brisco*, y es casi el amo. ¿Comprendes?

—Sí, pero... —Deja que siga. Es cuanto te abran, sujetas á la fregona. Si grita, la afianzas el gahote y si se apura, la pinchias á la ensellita la *herramienta* pa ver si se atemoriza.

—¿Pero estará sola?

—Claro! Pues si no, pódme querlas que yo te lo aconsejase!

—Ahre, me chocó que digas esas *patochadas*.

—Es por un por el aciso.

—Mira,

Chupalipin: don Sotero va al café de Platerías de ocho á diez todas las noches y deja sola á la chica; de modo que no hay motivo pa que tengas esa *ginda*. Además, mientras tú subes, Manolo andará de espía por la calle, con *objecto* de estar á la *espetativa*, y *Corrijo* va al café de *mirón*, pa que no digas.

—¿Y la portera?

—¿Quién, ésa? Esa estará más dormida que Dios, porque la hemos *dao* tres duros el otro día.

—Entonces no hay más que hablar, *Qurito*.

—Pues mecha vista y ojo con meter la pata.

—¿Me parece!

—¡Ah! Convendría que te llevases azúcar

ó otra cosa parecida,

porque hay un perro de lanas que cuando oye ruido, chillá.

—Corriente. ¿Qué más?

—Que espero

en casa de la Rufina

pa saber el *resultán*.

—Pues allí voy enseguida.

—Bueno...

..... ¿Y qué?

—Pues *ad*, subí;

tiré de la campanilla;

pregunté por don Sotero,

y viendo que no me abrían

dije aquello de la carta.

—Y te abrieron.

—Enseguida.

—¿Lo ves? ¡Claro!

—Luego fui á echarle mano á la chica, como tú me aconsejaste, y cuando ya la tenía casi agorrrá, me saltaron tres *patás* en la barriga, pero de *érdago*.

—¡Ay, su madre!

—Toma; como que sabían que íbamos á dar el golpe mientras el otro salía.

—¿De modo que no traes *ad*?

—Luego fui

á echarle mano á la chica,

como tú me aconsejaste,

y cuando ya la tenía

casi agorrrá, me saltaron

tres *patás* en la barriga,

pero de *érdago*.

—¡Ay, su madre!

—Toma; como que sabían

que íbamos á dar el golpe

mientras el otro salía.

—¿De modo que no traes *ad*?

tenniquiera!

—Sí, traían.

Conque me han *quidao* allí

de lo que llevaba encima!

—¿Cuánto?

—Unas nueve pesetas,

y dos á tres perras chicas.

—¡Qué bruto eres!

—¡Gracias!

—¡Lástima

que no te han roto la crisma!

La culpa la tengo yo

por darte la alternativa.

J. LÓPEZ SILVA.

VELEIDADES

Era el grillo de mi cuento tan loco y enamorado, que no olvidaba un momento siquiera al objeto amado,

y todas las noches daba su serenata expresiva á la novia, que habitaba cuatro sereps más arriba.

Una noche en que la luna brillaba en un cielo claro, mirándose en la laguna con inocente descaro.

salió á pasear Luisillo, y oyendo al grillo cantar, se dijo:—¡Calla! Es un grillo.

¡Si le pudiera cazar!... — Guiándose por el canto monótono y penetrante

varió de rumbo, entretanto que el tierno y sencillo amante,

sin sospechar la emboscada

y en su tarea embebido,

por agradar á su amada

procuraba hacer más ruido.

Llegó en esto por detrás Luisillo, pisando quedo, y exclamó:—¡Ya no te vas! — Y le preso encima un dedo.

El grillo al día siguiente ya estaba en una prisión, por haber sido imprudente al demostrar su pasión.

Tal vez se acordaba el preso de su grilla, triste y sola, y no probaba por eso ni un bocadito de escarola.

—Pero ¿dejar de cantar?

—¡Eso no! ¿Creía acaso

que le podía escuchar

la causa de su mal paso?

La explicación es sencilla;

no era el grillo consecuento.

¡Había visto otra grilla

presa en el balcón de enfrente!

(1) SINGESTO DELGADO.

LAUREANA

No hace todavía seis años, tenía entonces quince, vino á Madrid, con intención de ponerse á servir.

Y se puso.

Sus padres, unos pobres y honrados labriegos, se la recomendaron eficazmente al ordinario; le llenaron las alforjas con dos panes, un poco de embutido y un puñado de castañas pilongas; añadieron á esto dos reales y medio que pudieron reunir entre toda la familia, un escapulario de la Virgen del Carmen y una abundante ración de consejos remojados con lagrimones como puños, y con esta impedimenta, ítem más una carta de recomendación escrita por el maestro de escuela y dirigida á una paisana, que estaba sirviendo en la Corte hacia cinco años, hizo su entrada triunfal en la villa del oso nuestra heroína, al anochecer de un sábado, que llovía si Dios tenía qué y con un frío de todos los demonios.

Se nos olvidaba consignar que, además de lo expuesto, se trafa Laureana á Madrid la cara morena más graciosa y los ojos negros más pícaros que pueden darse, sin contar una salud á toda prueba, una robustez envidiable y una dosis de candorosa inocencia que no había más que pedir.

Con sus cosas en regla, es decir, la cédula de vecindad y demás papelotes, y su cara de Pascua, bien pronto obtuvo colocación, mediante los buenos oficios de su paisana.

La primera colocación que consiguió fué una plaza de niñera, en casa de un acaudalado banquero.

¡Temprano empezaba la pobre á lidiar con los chicos!

Al niño mayor de la casa no le disgustaba la niñera, y por aquel tierno y audaz adolescente comenzó la carrera de la hermosa palurda.

Aquel muchacho, casi de su misma edad, compartía con ella sus golosinas, y jugaban juntos é inocentemente en los ratos de asueto en que los papás no estaban en casa. ¡Cuántas veces Elena, un hermoso querubín de veinte meses, á cuyo cuidado especial estaba destinada Laureana, lloraba y se desgañaba en su cuna, mientras la niñera y el señorito jugaban al escondite en los intrincados bosquecillos del inmenso jardín de la casa del banquero!

(1) La idea de esta composición ha venido *patada* de la de otra que fué remitida al periódico. Supongo que no se parecerán poco ni mucho, porque es recordo bien la primera, pero debe haber constado la reminiscencia.

No habían transcurrido aún cuatro meses, y la pobre chica había reemplazado ya los gruesos zapatos que trajo del pueblo por unas botitas muy finas y muy monas, y su peinado de picaporte, por el moño de alto retorcido, ocultando la frente con el ricado flequillo y la morena tez con los polvos de arroz que usufructuaba á ratos de la elegante polvera de la señorita.

Pero creció Elenita, y crecieron las audacias del hermanito de la niña, y un día la señora la despidió con malos modos, porque la encontró muy despeinada.

Esa fué al menos la razón, pero se asegura que al registrarla el baul para despedirla, le encontró la señora unas medias de seda.

Laureana dijo que se las había regalado el señor.

El papa de la niña rubia, confiada á su custodia.

Hubo sus dimces y directes, y la niñera salió de la casa llevándose su baul.

Ya tenía baul.

Lo que no tenía aún era cartilla, pero tuvo que sacarla inmediatamente, porque en la casa que entró, luego, se la exigieron inmediatamente.

Era ésta la casa de un veterano general, y allí fué Laureana á servir en calidad de doncella.

La generala era una buena señora, y allí hubiera estado la chica años y años, á no haber dado la pirra casualidad de tener el general varios ayudantes, uno de ellos arrogante mozo, capitán de húsares, que simpatizó muy pronto con la doncellita, que le hizo el amor, que se vió correspondido, y que la propuso el ascenso inmediato, como justa recompensa á sus méritos y servicios.

Resultado, que Laureana dejó de ser doncella por causa del capitán, que la hizo abandonar el servicio de la generala, que le puso un cuartito muy mono, muy elegante, en una calle solitaria, que la vistió á la última moda, que la colmó de atenciones y de cuidados, rodeándola de comodidades, embriagándola con su cariño, deslumbrándola con promesas que no habían de realizarse, y que antes de cumplir el año de aquellas relaciones, hábale cumplido también su oferta del ascenso.

Desgraciadamente para nuestra heroína, la familia del capitán pertenecía á una clase elevada, y al enterarse de aquel lío, corrieron por lo sano, enviando al capitán á la Isla de Cuba con el empleo inmediato.

Y aquel idilio terminó como debía fatalmente terminar.

Ascendiendo los dos.

El capitán á comandante. La doncella á ama de cría.

El fruto de aquellos amores murió de difteria á los dos meses, y Laureana no quiso amamantar hijos ajenos.

Le pareció mejor desplumar hijos de familia.

Guapa, elegante, con algunos ahorritos, y con diez y siete años no cumplidos, Laureana formó el propósito de no volver á servir en ninguna otra casa, convencida como estaba de que servía para algo mejor en este mundo.

No le faltaron protectoras desinteresadas que le ofrecieron albergue cómodo, galas y joyas; pero la paleta era demasiado lista para caer en las redes de aquellas pescadoras groseras, y rechazando sus ofertas, prefirió vivir solita, aislada, contando solamente con su propio esfuerzo y sus escasas relaciones.

Y á fe á fe que hizo bien adoptando tan sabia determinación.

Al mes de vivir solita, tenía ya su pequeña servidumbre, una doncella y un *groom* para los recados.

A los seis meses, gastaba coche.

Al año, tenía abono en el Real.

Uno de sus mejores amigos era el señor aquel en cuya casa estuvo de niñera.

El banquero que le regaló las medias de seda.

Las primeras.

Hoy Laureana viaja, va á baños, es una de las estrellas más admiradas de Madrid, y eclipsa con su fastuoso lujo á las señoras más encopetadas de la Corte.

Los maridos de muchas de ellas pagan á un tiempo mismo la factura de la modista á su mujer y á Laureana.

La paletita no se ha olvidado de sus padres.

Gracias á sus generosos envíos, la viña y el campo que el paleta cultivaba hace seis años ha pasado á ser propiedad suya.

Algunas viejas comadres suelen murmurar por la inusitada fortuna que se le ha entrado al tío Diego por las puertas; pero éste se encoge filosóficamente de hombros y se ríe de los envidiosos y de las parlanchinas.

La chica no ha vuelto al pueblo.

Y cuando el señor cura ó algún convecino curioso preguntaaal paleta por Laureana, éste contesta invariablemente, sonriendo del modo más inocente:

—Como siempre, sirviendo en Madrid.

—Y lo creo que sirve!

E. NAVARRO GONZALVO



Eclos de sociedad.

«La recepción verificada anoche en... estuvo, si cabe, más brillante que ninguna. Ha sido la última (¡no caerá esa breva!) por ahora (¡ah!) con gran sentimiento de las hermosas y elegantes damas y los conacidos *partiments* que allí en crecido número se encontraban.»

Si, pero nos hemos alegrado mucho nosotros.

Los que recibamos de envidia.



Hace dos meses que menudean los sueltos relativos al marqués de Olerdola.

Se conoce que, como el título es nuevo y... dificultoso, se empeña alguno en que nos vayamos acostumbrando.

Bueno; hombre; ya nos lo sabemos de memoria: marqués de Olerdola, marqués de Olerdola, de Olerdola, de Olerdola, de Olerdola....

Y hablemos de otra cosa.



Parece que el dueño del Hotel de Embajadores de esta corte, donde se suicidó el célebre Pigoit, había reclamado de la embajada inglesa una indemnización de 17.000 pesetas por los perjuicios que aquel suceso había causado á su establecimiento.

El Gobierno de Inglaterra desechó la reclamación (naturalmente) por no creerla justificada.

Pero el reclamante tiene una disculpa; puede decir con tono humilde:

—Dispensen ustedes, caballeros ingleses, creí que eran ustedes chinos.



Pérez, que es un mal tenor.

cantará en el beneficio

de su compadre Fabricio

por hacerle ese favor.

Pero, si bien se repara,

cantando de esa manera,

se comprende que le hiciera

más favor si no cantara.



—Adiós, Arturo: ¿ya no vas á las reuniones vespertinas de la marquesa?

—No, chico; también me quedo en casa.

—¿Das té?

—¡Caj! Se me ha roto el pantalón por salva la parte, y no puedo salir más que de noche.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Chipela.—No entiendo ese final á guisa de moraleja, ni lo entiende nadie.

Fulanito de Tal.—Eso es muy malo. ¿Y quería usted que se publicara en dos números? ¡Nos lucíamos!

M. T. Rio.—También eso es muy malo. ¡Ah! ¡Y lo otro! Se presenta buena la semanita.

Sr. D. P. E..—Barcelona.—¿Si viera usted cuán antiguo es el *quid pro quo* ese!

Herodes.—Su ilustre antepasado hizo una degollina de criaturas.... y usted hace dormir á las personas mayores.

D.ª C. V..—Sevilla.—Usted no será criada, como dice, pero ¡ay! hace versos como las criadas.

Sr. D. J. C..—Madrid.—¡No, no! Versos á la vecina y al gato de la vecina.... ¡primero morir!

Dr. Frasier.—¿Mencista? ¡Va lo creo! De diferentes autores.

Sr. D. A. G. M..—Madrid.—Es una vulgaridad y.... huya usted de las asonancias.

Sr. D. J. T..—Madrid.—¿Qué oído! ¡Qué endecasílabos! ¡Qué redondillas con los cuatro versos asonantados!

Sirfo.—Eso no tiene faltas garrafales, lo que tiene es una pura tontería. Y *hojos* no se escribe con h. Porque las hojas no tienen masculino hasta la fecha.

Felipín.—Vulgaridad y.... ¡ojo á las asonancias, que hacen mal efecto! *Un castellano viejo*. Una cosa es versificar y.... otra es dar trigo.

Tabardillo.—Ya se ve que eso no lo has copiado de ninguna parte. Porque tan mal no puede haberlo hecho nadie hasta ahora.

Sr. D. J. del C..—¡Angela María! ¡Otra vez la vecina y el gato!

C. P. Grama.—Malito como el sólo. ¿Está usted seguro de que aquí se ha publicado eso? ¿En qué número? Concretémoslo.

Don Yo.—Muchos versos y pocos regalaros.

Selito.—Sí, supongo que no habrá usted estado acompañado para tan poca cosa.

Sr. D. J. N. M..—*Abirlado* no se escribe así. ¡Aísla demasiado ese h!

Sr. D. M. P..—Alicante.—No señor, no pienso seguir.... por ahora. Se remitió el libro.

Sr. D. M. L..—Málaga.—Es lástima que tenga bastantes ripios y unos cuantos versos duros que la echan á perder. Gracias por lo demás.

Roque.—Sólo te debo decir

que escribes, amigo Roque,

lo mismo que un alcornoque,

si eso se llama escribir.

TERCETO



¡Jesús,



María



y José!

ANUNCIOS

TIT. V. FAURE.

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPañA COLONIAL

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA
CON

CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL: MONTERA, 8

MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIC DELBADO

DIBUJOS DE CILLA
FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDES

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libretos y corresponsales, DOS

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.